

Pensar

epistemología, política y ciencias sociales

Números 3/4
2008/2009



Centro **Interdisciplinario**
de
Estudios Sociales

Universidad Nacional de Rosario



Revista Pensar. Epistemología, Política y Ciencias Sociales.
Publicación Editada por el Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales (C.I.E.SO.)
Facultad de Humanidades y Arte – Universidad Nacional de Rosario.

ISSN 1852-4702

N° 3/4 | 2008/2009

Dirección

Diego A. Mauro
Gustavo M. Cardozo

Editor

Diego P. Roldán

Consejo Editorial

Cecilia M. Pascual
María Liz Mansilla
Horacio M. Zapata
Leonardo Simonetta
Hernán A. Uliana
Jorge Morales Aimar

Consejo Consultivo

Marta Bonaudo (UNR, CONICET, Argentina), Carlos Iglesias (UNL, Argentina), Esther Díaz de Kóbila (UNR, Argentina), Darío Barrera (UNR, CONICET, Argentina), Marta Brovelli (UNR, Argentina), Luciano Alonso (UNL, Argentina), Daniel Pérez (Pontificia Universidade Católica de Paraná, Brasil), Sandra Fernández (UNR, CONICET, Argentina), Lida Miranda (UTDT, CONICET, Argentina), Ignacio Martínez (UNR, CONICET, Argentina).

Traducciones del Inglés

Virginia Rolle
Julieta Rinaldi
Melisa Laura Capiglioni
Fernanda Page

Traducción del portugués

Diego P. Roldán

Traducciones al inglés

Luciano Enjuto

SimposioS

Simposio sobre

***La Zona Gris* de Javier Auyero**

Escriben:

Hernan A. Uliana
Marcelo D'Amico
Diego A. Mauro
Javier Chapo y Cecilia M. Pascual

Responde:

Javier Auyero

La Zona Gris de Javier Auyero

Hernán A. Uliana*

Dado que no tengo el gusto de conocer personalmente al profesor Auyero ni a su obra transcribiré simplemente la nota de solapa de su libro *La Zona Gris* “Javier Auyero es profesor de sociología de la universidad del estado de Nueva Cork-Stony Brook. Es autor de *La política de los pobres y de Vidas beligerantes, entre otros libros*. Recibió becas de la John Simon Guggenheim Foundation y de la Harry Frank Guggenheim Foundation. Autor de decenas de artículos, es el actual editor de la revista *Qualitative Sociology* y miembro del consejo editorial de *Apuntes de Investigación*.” Tengo la esperanza que el autor de esta solapa tenga mejor información que la mía limitada por mis recursos e intereses.¹ Espero poder cambiar ambos condicionantes en un futuro cercano.

La *Zona gris* es, según la definición acertada de su propio autor, un “trabajo de campo cubista” (p. 43) sobre uno de los momentos más traumáticos de la historia argentina. La multiplicidad y solapamiento de miradas y análisis podrían dejar la impresión de un *collage* de investigaciones sueltas que tienden hilos tenues entre unas y otras. Hilos referidos al comportamiento colectivo en situaciones particulares que generan cierto tipo de violencia contra las personas y sus bienes. Sin embargo una lectura más detenida del libro nos introduce en un mundo con una lógica particular, la cual el autor cree encontrar en funcionamiento en disturbios de distinta magnitud y en distintos espacios. En definitiva el hilo conductor del libro se decide en el tipo particular de relaciones políticas establecidas previamente en períodos “normales” y que se reproducen mutando su forma, aunque no su contenido, en los momentos de violencia colectiva.

Lo dicho en el párrafo anterior concentra las similitudes que nota entre su investigación del caso argentino y la que otros llevaron a cabo, entre otros, en Nueva Orleans tras el paso del *Katrina*, en los disturbios étnicos entre musulmanes e hindúes y en los actos de violencia colectiva de los jóvenes marginales en Francia y EEUU. La generación de las condiciones de posibilidad de un episodio de violencia colectiva va más allá de los condicionantes estructurales más básicos (pobreza y hambre) y lo llevan a investigar los mecanismos, en cierta medida ocultos a los ojos de la opinión pública (aunque no de los participantes), que permiten la generación de condiciones adicionales **necesarias** para que este tipo de comportamiento colectivo se lleve a cabo.

El objetivo explícito de este libro es llevarnos lo más cerca posible de la verdad “de todas estas manifestaciones (ocultas o manifiestas). *Las relaciones clandestinas y ocultas fueron fundamentales para la realización de los saqueos*” (subrayado del autor)” (pp. 23-24) o sea la zona gris de la política.

Basándose en sus propias investigaciones sobre la violencia colectiva y en otras similares llevadas a cabo en diferentes espacios, el autor se propone lograr un análisis lo más exhaustivo posible de los mecanismos y redes que se tejen previamente a la explosión y que sirven de soporte material y subjetivo a la violencia. Esto lo lleva a

* ISHIR-CONICET / CIESo-UNR

¹ Debo disculparme por esa circunstancia banal que es la falta de dinero que me aqueja y limita mi compra de libros nuevos, restringiéndolos a los que puedan ayudar a mi tarea específica de historiador y poco más. No soy un resentido, soy un desempleado (vaya forma de quitarle seriedad a una reseña).

“detectar la existencia de una zona gris en las que las distinciones analíticas que la literatura sobre la acción colectiva da por supuestas (entre funcionarios de gobierno, fuerzas represivas, opositores, miembros de organizaciones políticas) se desploman.” (p. 40) En forma más general el intento de “integrar la violencia colectiva “extraordinaria” en el estudio de la “normalidad” política” (p. 54)

De forma meticulosa la investigación se dirige “hacia un área borrosa donde los límites normativos se disuelven, los actores del Estado y las élites políticas promocionan o activamente toleran o participan en la producción de los daños” (p. 54)

Echando mano a las investigaciones sobre los disturbios en distintas áreas conflictivas del globo (Shaheed sobre los conflictos en la India en 1985-1986, Jane y Meter Schneider sobre la mafia palermitana, Linda Krischke sobre las transiciones políticas en el África Subsahariana, etc.) Auyero pone en una perspectiva global este tipo de interrelación entre vida cotidiana de los sectores populares y élites políticas como productoras de las condiciones necesarias para que los hechos ocurran. Todos los ejemplos que menciona le proporcionan un esquema de comportamiento político en el cual las “conexiones clandestinas” activas entre las élites políticas y los sectores populares se convierten en “fundamentales para comprender tanto la política partidaria cotidiana como la violencia colectiva extraordinaria” (p. 61).

En un primer momento su investigación se dirige a la descripción, en forma general, de los actores colectivos de fuerte estratificación y organización interna que provienen de sectores marginales (ejemplo: los “barrabravas” y las pandillas criminales) cuya relaciones con los partidos políticos y la policía están más documentados; sobre todo por las investigaciones periodísticas. Luego repasa los “acuerdos” que durante los `90 neoliberales un Estado en retirada realizó con las fuerzas represivas para que, a cambio de carta blanca para un sinnúmero de negocios ilegales, estas proveyeran unos “niveles de seguridad respetables” que, traducido en una perspectiva más “arqueológica”, significaba seguridad al estrato consumista por excelencia durante el “menemismo” (la clase “media alta”) y “mano libre” en las cada vez más extensas zonas de desechos humanos que dejaban las políticas destructoras del trabajo y la seguridad social. En la Argentina ambos extremos de la estratificación se hallan fuertemente concentrados espacialmente los cual generó básicamente “zonas liberadas” (principalmente en las “villas miseria” pero también en antiguos barrios de trabajadores en proceso de descomposición social) al accionar de la policía, las organizaciones políticas y delictivas (a veces todas juntas), y “zonas protegidas” (desde *country*s a barrios residenciales, suburbios urbanos en las ciudades importantes del interior del país y, por supuesto, la Capital Federal si tomamos a la aglomeración de Buenos Aires).

Todo esto es parte del sentido común del argentino promedio. Desde la frase “de la villa solo salen ladrones y policías” hasta el secreto a gritos que define a la policía bonaerense como la organización mafiosa más grande del país con su cúpula en la jerarquía del justicialismo de la provincia de Buenos Aires. Hasta aquí, más allá de lo que los estudiosos digan, el trabajo de Auyero no podría sorprender a casi ningún vecino con televisión por cable del país, solo comprobaría lo que es *vox populi*. Pero ¿Por qué sorprende? Pues, como el mismo autor indaga, el error del sentido común y de los investigadores es poner en relieve una serie de dicotomías transparentes sin tener en cuenta que el tejido de estas tramas van más allá de lo puramente delictivo o lo puramente legal. También para el argentino promedio con televisión por cable, las

villas son lugares de anarquía criminal y desesperación, la política partidaria (y gremial, no nos olvidemos que esto se extiende a lo que se considera un órgano vital de la política peronista: los sindicatos) el resumidero de todo los vagos y corruptos del país (“en la Argentina nadie hace plata trabajando” según la celebre frase del sindicalista gastronómico Rubén Barrionuevo, hombre clave en las políticas neoliberales “menemistas” de la década del `90) y la policía, bueno, los epítetos nada amables abundan al definirla. Las redes que se extienden horizontal y verticalmente enlazando la política en tiempos normales fundan la posibilidad de actos violentos con cierto grado de organización. Pero estas redes están basadas en códigos que no se reducen a los meramente coercitivos (tal vez Auyero no estaría de acuerdo con esta interpretación un tanto limitada de “lo coercitivo”) y, en el nivel casi de subsistencia al que el sistema condena a los sectores más carenciados, formas menos exploradas de relaciones desiguales de reciprocidad se tejen dándole espesor a un mundo que, mirado desde nuestro sentido común, parece de individualismo anárquico y violencia hobessiana.

Y el espesor de ese mundo depende de las conexiones verticales, de los recursos estatales que en forma de ayudas sociales, subsidios, planes, trabajo temporal o permanente en o para la burocracia, son distribuidos por punteros y líderes barriales, recursos que se suman a los extraídos de las actividades delictivas, etc. Ellos permiten en tiempos de “normalidad” una red de contención material y de seguridad mínima de “supervivencia” que, como bien analiza Auyero en su trabajo, sirve en momentos de movilización (ya sea para las elecciones o para saqueos, los argentinos dirían, acercándose a la interpretación del autor, que no hay demasiada diferencia entre una y otra) como canalizador de un “contradon” colectivo.

“Los procesos mutuamente reforzados de reducción del Estado, alto nivel de desocupación y aumento masivo de la miseria incrementaron de manera considerable la influencia de los punteros locales y de los jefes del partido que dan acceso a los escasos recursos estatales.” (p. 81)

“Los punteros ponen a prueba, en la práctica, la lealtad de sus seguidores, mientras que los clientes experimentan, otra vez en la práctica, la confiabilidad de los punteros y los patrones.” (p. 90)

El papel del Partido Justicialista como quintaesencia de la política clientelística es probablemente el presupuesto más extendido entre los investigadores y periodistas “neutrales” y no es nada nuevo. En realidad es tan viejo como el mismo Partido Justicialista. Muchas veces las correas de transmisión de abajo hacia arriba que el mismo sistema de “clientelismo peronista” genera se pierden de vista pues no es analizado en su propia existencia sino como aberración de unas prácticas supuestamente correctas (discutiremos esto en la segunda parte de la crítica). Aún así, es cierto que mucho cambió durante los `90. Si un obrero sindicalizado en un país con pleno empleo está dentro de una red clientelar cuyo mediador es un líder sindical sin duda su actitud es mucho menos flexible a los abusos y manipulaciones que la de un desempleado en un país devastado por la pobreza y la desocupación, en un barrio controlado por punteros y “operadores políticos”². La descripción de la política

² El “operador político” es el nombre que asumen los cuadros intermedios del partido justicialista tras su transformación en comerciantes del mercado electoral. La desintegración del tipo de relaciones que se formaron durante las décadas previas, de demandas colectivas canalizadas gremialmente a demandas individuales resueltas por intermediarios, provocó la aparición o reforzamiento de este tipo particular

clientelar que resultó de este estado de cosas particular los describe el autor de la siguiente manera:

“aprovechándose de su situación privilegiada, los punteros del Partido Justicialista secuestran recursos estatales con los que ellos: (a) resuelven problemas cotidianos de los pobres, (b) acumulan capital político que los ayuda a avanzar en el terreno político y (c) mantienen en funcionamiento la maquinaria peronista. Al solucionar los problemas de la gente pobre de manera cotidiana, a través de transacciones individuales, los punteros establecen lazos sociales con sus clientes. Estos lazos, después de repetidas ocasiones, se concatenan en redes que enlazan a patrones, punteros y pobres urbanos” (p. 84)

Estas prácticas y concatenaciones borran las fronteras entre Estado, política partidaria y vida cotidiana generando la “zona gris” que luego será un elemento clave en el comienzo, la propagación y también el final de los episodios colectivos de violencia en diciembre del 2001.

La experiencia del achicamiento del Estado y las políticas neoliberales confirman la hipótesis de Auyero que la relación no es lineal, como piensan “periodistas bien intencionados”: “Para quienes la critican, la política de aparato consiste en órdenes claros y recursos materiales. Cuanto más bienes y servicios distribuyen jefes y punteros, mayor es el apoyo que consiguen y mayor el poder que tienen. Acaparamiento y dominación, sin embargo, no tienen una sola vida en la objetividad de la distribución de recursos.” (p. 95)

En definitiva “la relación de intercambio va más allá que el hecho singular del intercambio” (p. 95) la generación de *hábitos* producto del trabajo cotidiano “regular y rutinario” de estas redes no solo produce su perpetuación, sino que además “graba la relación de dominación en las mentes de los beneficiarios convertidos en seguidores, en forma de disposiciones perdurables, evidenciadas en las innumerables manifestaciones de respeto (...), de admiración (...) e incluso de amistad (...) que los clientes articulan discursivamente sobre sus benefactores.” (p. 96)

Auyero subraya que esta “reciprocidad difusa y de largo alcance” que generan las prácticas clientelísticas es muy resistente a la desintegración, y por ello hay una crítica velada sobre aquellos que pronostican una “crisis de la maquinaria política”. Destaco que el presupuesto comparativo del autor para hablar de la resistencia de la “máquina” no es diferente de aquellos a quienes critica. La “dominación” y los “actos de sometimiento”(p. 96) están íntimamente ligados a una concepción restringida y liberal de la democracia y de lo que debería ser el funcionamiento “correcto” de los mecanismos distributivos. A pesar de las coincidencias que puedo tener con Auyero respecto a lo “malo” de la situación (es decir una decisión ética) debo criticar su tendencia a medir con el rasero de las prácticas liberales (en las cuales Auyero y yo coincidimos éticamente como “mejores”) los códigos, reglas y catálogos particulares que se utilizan en los medios populares argentinos. Aunque reconozco la influencia que las limitaciones que su profesión de sociólogo tiene en cuanto a la aceptación de particularidades (como el antropólogo lo tiene con las generalizaciones), sus presupuestos son parecidos a la mayoría de investigadores de distintos campos académicos y del periodismo. Esto me lleva a criticar no su metodología sino sus

de “hombre bisagra” dentro de una estructura organizativa “de hecho”. El operador político rota generalmente en puestos de importancia y está conectado directamente a las redes de punteros a la vez que a las más altas esferas administrativas y políticas.

presupuestos políticos: el creer que lo opuesto a las prácticas clientelistas del peronismo son las prácticas democráticas liberales (incluso las posiciones más radicales o izquierdistas) no solo es ingenuo, sino también inútil, y hasta peligroso para los mismos principios democrático liberales de quienes las enuncian. La lucha contra las maquinarias esta implícita en la descripción y análisis que hacemos de ellas. Auyero hace un trabajo de campo extraordinario y un análisis preciso de su funcionamiento, pero al incluir las prácticas como alienación respecto a metaprácticas correctas y no simplemente como alienación (elegida como “mala”) respecto a una alienación (elegida como “buena”) puede dar pie a una idea “regeneracionista” y “salvacionista” de larga data entre los liberales argentinos. Si se pone a los pobres solo como víctimas (esa es la impresión que deja el libro, a pesar de la insistencia de la “reciprocidad difusa”) y a las maquinarias como victimarios (en este caso tengo menos críticas) la idea de prohibir las máquinas y “reeducar” simbólicamente (obligar) a los que están acostumbrados a su protección y dominio aparece de forma casi natural. Es la idea de clase media pampeana más extendida e históricamente más desastrosa para los mismos principios liberales: se sufrirá el recorte de los derechos por un tiempo pero el resultado final merecerá la pena (la definitiva destrucción del justicialismo y sus prácticas). Pero después de tantos procesos genocidas que levantaron esta idea “regeneradora”, las prácticas clientelares “tipo peronista” están más arraigadas y extendidas que nunca. Algo falla en el análisis y en nuestras decisiones políticas bienintencionadas. Dar una batalla de pensamiento (pensar lo impensado) es uno de los aspectos de una lucha por evitar la repetición (“Es el pensamiento y no la memoria lo que evita la repetición” diría Alain Badiou refiriéndose al genocidio judío en Europa).

Durante los capítulos tres y cuatro de su libro y mediante la hábil conexión de datos y relatos, Auyero genera un mapa analítico de los saqueos que le permite confirmar algunas hipótesis, especialmente el papel de la policía y de las estructuras del partido peronista en la creación de las condiciones de posibilidad, tanto espaciales como subjetivas, de los saqueos.

Más allá de los condicionantes estructurales generales (un gobierno inepto y una profunda crisis económica; la “olla a presión” producida por la combinación de pobreza, desocupación e inactividad del Estado), los generadores de las condiciones de posibilidad (el autor las llama “creación de oportunidades”) de los saqueos provienen de esta zona gris donde se imbrican la acción política ordinaria y extraordinaria. 1) la policía se distribuyó en gran medida para proteger las grandes cadenas de hipermercados de capital extranjero generando “zonas liberadas” en los sectores comerciales de pequeños propietarios, 2) los rumores de saqueo tuvieron importancia fundamental en la movilización subjetiva de los actores, 3) mucha de la “vanguardia de saqueo” estaba directamente dentro de las redes clientelares del Partido Justicialista (punteros o empleados), 4) las conexiones “horizontales” de familia o vecindad fueron un canal vital para la rápida circulación de información sobre la situación del momento.

El papel de los punteros peronistas es el tema más problemático, como lo reconoce el mismo autor. Finalmente concluye que aunque estos no tenían una organización con la disciplina suficiente como para que sus ordenes fueran explícitas y claras (como, por ejemplo, las organizaciones de piqueteros) “hicieron algo clave: hicieron correr la voz sobre la ubicación del saqueo” y en que lugares era seguro saquear (pp 157-158). La información a la que los punteros tienen acceso es muy superior a la del resto de los

vecinos (por pertenecer a una organización donde parte de esta información circula verticalmente) y, haya sido parte de un plan o simplemente una acción “funcional” (al ser los vecinos más informados y con más contactos son, como los líderes comunales de otras organizaciones, pantallas de protección naturales contra la represión policial. Es por ello que D’Elia, tal como lo relata en su entrevista del libro (pp. 147-154), fue a la cabeza de la toma de la comisaría en La Boca), lo cierto es que Auyero encuentra en ellos un rol fundamental en la “creación de oportunidades” para el saqueo.

En resumen: “Las interacciones entre el comportamiento de la policía provincial, la aprobación tácita que las autoridades dieron a los primeros saqueos, y la continuada difusión de información por parte de los punteros, crearon la oportunidad de saquear. Dada la situación crítica que estaban viviendo, la experiencia pasada de saqueos en el área, la cercanía de una activa arteria comercial, y la existencia simultánea de saqueos en otras partes de la provincia y el país (sobre los que eran informados por radio y televisión), no se requirió mucho para que los vecinos de los barrios pobres como Lomas Verdes y BID decidieran aprovechar la oportunidad.” (p. 160)

Una de las partes que más interesantes me resultaron de esta investigación fue el trabajo sobre los rumores, su papel en la creación de las condiciones para la violencia colectiva y, más interesante aún, para su terminación. En el primer caso, como ya mencionamos, la información sobre las posibilidades seguras de saqueo, sobre la inactividad policial, sobre repartos de comida no oficiales, etc. generaron las condiciones subjetivas (que se sumaban a las objetivas de, por ejemplo, la real inacción policial) para vencer las resistencias hacia el saqueo. Más impresionante fueron los rumores que pusieron fin a los saqueos y que el autor rastrea su origen hasta la policía “Los rumores de “hordas invasoras” tuvieron... un efecto desmovilizador, haciendo que la gente se quedara en casa, defendiendo sus barrios, para impedir nuevos saqueos.”(p. 167) La represión selectiva y los rumores provocaron una cierta psicosis (incluidos los barrios carenciados de los cuales venían los saqueadores ya que los rumores corrían informando que de otros barrios venían a saquearlos a ellos) que desactivó la movilización colectiva. Una definición clave en esta importante pata de la investigación sobre los saqueos del 2001 es, entonces, la de los rumores “Una fuerza motivadora clave en la construcción del rumor es la búsqueda de significado. A través de la transmisión del rumor, buscamos información, y reestructuramos nuestras percepciones para poder vérnosla con una situación importante pero ambigua en la que nos encontramos. Los factores clave en la generación rápida y la difusión de los rumores, afirma Rosnow, son la preocupación personal, la incertidumbre general y la credulidad.” (p. 163)

Completando el cuadro de los aspectos del saqueo (recordemos la comparación de este libro con un espacio cubista que, reitero, me parece acertada) el autor describe la dimensión moral del saqueo. En este punto Auyero penetra en los que califica como un “dimensión moral selectiva” de los saqueadores. Todos sus entrevistados tenían una visión análoga de lo que está bien y lo que está mal. El saqueo, a pesar de ser una acción desesperada, venía también a reparar un derecho violado (el derecho a la alimentación) a “reparar una injusticia y señalar la culpa de aquellos que son señalados como haciendo el mal sin consideración por aquellos que pagaron el precio real del accionar de los saqueadores.” En definitiva mientras los saqueadores se afirmaban como seres morales en defensa de un derecho “suspendieron otro tipo de consideraciones morales (aquellas que señalaban no a su propio sufrimiento sino al

sufrimiento de sus víctimas” (p. 182). Pero además los entrevistados, tanto saqueadores como saqueados, hicieron hincapié en lo que se vio (y se ve) como la fuente de toda inmoralidad en estos episodios y en otros, la política en general y la política partidaria en particular.

En sus conclusiones Auyero destaca la necesidad de complejizar el recorte de los objetos de investigación y afinar las herramientas teóricas para no caer en enfoques maniqueos o demasiado parciales que pierdan de vista las redes que dan sustento a muchas de las acciones de violencia colectiva y que, en tiempos normales, funcionan como un tejido oscuro, una nebulosa zona en las cuales se mezclan actores de diferentes procedencias, a veces al parecer antagónicas (como las fuerzas represivas y las organizaciones delictivas). Una zona gris que se estaría extendiendo a otros sectores (de centroizquierda ¿más democráticos?). Tengo mis críticas, las veremos en apartado siguiente.

La zona gris de “la zona gris”. Crítica política de un análisis sociológico

Innumerables veces en el curso de nuestro trabajo de campo, escuchamos la expresión “todo es política. ¿Qué podemos hacer? Todo es cuestión de política”.

Javier Auyero *La zona gris* (p. 192)

En 1993 tenía 16 años y vivía en mi provincia natal: Santiago del Estero donde fui testigo “casi” directo del “santiagueñaso” (recorrí la ciudad un día después de los violentos disturbios). El 20 de diciembre del 2001 me encontraba varado en el centro de Rosario por el paro de transportes y, en la *paqueta* y muy comercial calle Córdoba, veía la caótica actividad de los dueños de negocios que al grito “se vienen los negros a saquear” intentaban guardar toda la mercadería posible en sus autos. Como testigo de los sucesos me tomo a mi mismo como fuente para este apartado.

Pongámosle algo de pimienta al debate, preguntémosle al autor del libro sus intenciones no confesadas (tal vez ni a si mismo).

Argentina es un país “bíblicamente” complicado (me cuesta encontrar superlativos), Javier Auyero conoce perfectamente esto. Cada argentino que se precie cree ser, además de consumado director técnico de fútbol, un experto en política y un perspicaz develador de conspiraciones. El poder que cierto sentido común sobre los acontecimientos (llamémosle matriz, habitus, código, ideología) tiene sobre aquellos que provenimos de ese particular estrato que es la clase media y que constituimos esa vasta, culpablemente soberbia, muy talentosa y reconocida en su aspecto científico, con increíbles miserias en muchos otros, clase de “intelectuales argentinos” no debe ser subestimado. Crecemos y nos formamos en medio de discusiones políticas cargadas de maniqueísmo y exageradamente violentas (la principal, obviedad inmensa, gira en torno al peronismo histórico y actual). Una cultura amigo-enemigo nos penetra hasta los huesos y, si alguna vez se asistió a una reunión informal de investigadores

“serios”³ con un poco de espíritu antropológico, acordará conmigo que esa “cuestión de piel” está lejos de acabarse con las nuevas generaciones. Las discusiones (de las cuales me cuento como orgulloso participante) degeneran pronto en una serie de combates tan violentos e irracionales que luego uno se asombra de la pulcritud y “neutralidad” cuando se leen los libros que esos mismos investigadores escriben. Sin embargo los presupuestos no problematizados, las matrices en las que se cocinan estos trabajos, funcionan como un filtro extraordinariamente eficaz de lo “inconveniente”. En gran parte de los casos esto no refiere simplemente a un ensamblaje del trabajo investigativo (hechos y fuentes que contradigan las hipótesis principales o que no puedan ser absorbidas coherentemente por hipótesis auxiliares, reenviadas al “cono de sombras” por la presión extrema de “productividad” que exige el campo profesional, evitando de esta forma la posibilidad necesaria de constante revisión teórica y metodológica) sino a una decisión política matrizada desde un “sentido común” que vuelve frágiles las conclusiones más por su intencionalidad de “neutralidad científica” que por su valor como investigaciones científicas. “Investigación científica” se refiere a trabajos que respetan cierta metodología, “neutralidad científica” se refiere a la calificación que el colectivo que históricamente (momentáneamente) maneja los recursos materiales-simbólicos dentro de un campo específico define como “neutral”. Es decir, depende de la política de los grupos que compiten dentro del campo (no porque la definición primera no dependa de estas luchas, también las definiciones de metodologías son una “zona gris”).

Este libro es atractivo y provocador. A las “instantáneas de la violencia colectiva” en donde el autor relata o deja relatar a los participantes un número de vivencias particulares y percepciones que enmarcan la situación de los entrevistados y moldean de a poco una intencionalidad ético-política del autor (la descripción de la actitud soberbia de un Juan José Álvarez, hombre comodín en la cúspide de la estructura jerárquica del justicialismo bonaerense en sus elegantes oficinas del barrio La Recoleta (p. 112) contrasta con la pobreza, desesperanza y desesperación de los saqueadores y cierta resignación amarga de los saqueados; la actitud humilde de los pobres que le encanta al progresismo) se agregan exhaustivos análisis de las situaciones que van de la mano del cuidadoso uso de las extensas fuentes documentales (“producción de datos”)⁴ utilizadas en la investigación. Sin embargo todo ello conduce a conclusiones parciales (políticas) a lo largo de los capítulos que están basadas, casi todas, en un sustrato “democrático liberal” muy caro a sus lectores universitarios norteamericanos (y argentinos) cultores de una cuasi-sagrada defensa de lo “políticamente correcto” que Alain Badiou llamó “la sabiduría de la mediocridad”⁵.

³ Cualquier persona que haya vivido en Argentina tiene sobrado conocimiento de que esto no se limita a investigadores o intelectuales. Los participantes de las discusiones políticas (y futbolísticas) tienen en el país esa pasión de defender opiniones (la mayoría de sentido común) “hasta la muerte” que es una marca cultural particular de esta sociedad, extendida casi universalmente. Muchas de las “sorpresas” que Auyero se lleva al encontrar tanta gente dispuesta a hablar de política o a darle una explicación del tipo conspirativo a los hechos puede ser una estrategia de escritor; dudo que haya vivido tanto tiempo en los EEUU como para olvidarse de esta parte de la idiosincrasia argentina.

⁴ “No seguí un enfoque ‘inductivista’. La recolección de datos en este sentido debería ser llamada estrictamente ‘producción de datos’ en cuanto que está íntimamente ligada a la construcción teórica del objeto.” Nota al pie, p 25

⁵ BADIOU, Alain *El siglo*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2005, p 14.

Aunque el autor llama la atención sobre la inoperancia de ciertas categorías tomadas de los análisis llevados a cabo en el primer mundo y que son de uso común en los investigadores de las acciones colectivas (p. 41), mi crítica en este apartado se dirige fuera del tema puramente metodológico de la utilidad categorial. No evita el tema, aunque lo toca más bien indirectamente.

Como esta es una crítica política busquemos algunas citas que nos den pie “Cuanto más la política partidaria habitual se superponen con, por un lado, la organización de la violencia y, por otro lado, con las estrategias cotidianas de supervivencia, más en peligro quedan la ciudadanía y la democracia. Dónde prevalecen las relaciones clandestinas, la dimensión pública de la política está en peligro” (p 77).

“Si vamos a prestar rigurosa atención a las maneras en “las que se practica la democracia” (Yashar; 1999:97), la zona gris no debe ser excluida de la consideración seria, tanto empírica como teórica. Las relaciones visibles Estado-sociedad son indudablemente importantes para la calidad de la democracia en América Latina posterior a la transición.” (p. 200)

El problema epistemológico y un peligro para el propio trabajo investigativo que encierra esta disgregación es plantearnos la “zona gris” de la política no como un mecanismo particular dentro de una historia/espacio particular, sino como una particular aberración de ciertos principios metapolíticos que coinciden, sin ninguna sorpresa, a los de cierta prescriptiva hegemónica en Estados Unidos y en la imaginación de muchos intelectuales argentinos. Aclaro, el problema no es la “decisión” política del autor sino su reenvío no problematizado a los presupuestos que guían la investigación. Las decisiones políticas son inevitables, lo que puede ser aclarado es que ellas no detienen la investigación sino que le suministran el combustible necesario para encararlas con pasión lo cual no está reñido con la rigurosidad del análisis (en su introducción Auyero nos confirma el valor que esta “pasión” tiene en el aliento necesario para seguir adelante pese a las dificultades).

Dentro del ideario común de la democracia liberal triunfante está el papel del mal que subyace a las prácticas políticas reales de los sectores populares en los países del tercer mundo (particulares a su “cultura política”⁶ y, entre paréntesis, para decirlo en secreto, particulares de “todo” el mundo) como si en algún momento de la historia, o en alguna parte del cielo, las prácticas políticas y las acciones colectivas no fueran “grises”; tanto como para que la misma distinción analítica (aquello que se separa para que sea “claramente visible” pero que, los autores advierten con cuidado, están imbricadas-confundidas en el proceso real) se convierta en un obstáculo. La crítica que con acierto Auyero dispara sobre los investigadores que normalmente tratan estos

⁶ Que se entienda. “Cultura política” se reduce en gran parte de las investigaciones argentinas a un recuento de las plataformas partidarias y los discursos públicos de los dirigentes. Deseosos de encontrar ese destino manifiesto de democracia y libertad para la Argentina los estudiosos han coincidido, soslayando muchas veces a las mismas prácticas políticas o incluyéndolas solo cuando confirman sus sospechas, en esa “cultura política” democrática liberal (socialismo, PDP, Mitre, Lisandro de la Torre, A. del Valle, Juan B. Justo, algunos radicalismos, Elisa Carrió, etc.) que se opone a la “cultura política” criolla paternalista (caudillos, Roca, Justo, Perón, PAN, conservadores, algunos radicalismos, el justicialismo en todas sus facetas, etc.). Nuevos trabajos serios, científicos, como les gusta a la corporación, están desmontando esas visiones maniqueas tan resistentes mostrando como esa “zona gris” es una cultura política compartida (podríamos mejor llamarlas “unas prácticas políticas compartidas”), más allá de los discursos, por todos los grupos políticos que echan abundante mano tanto de las redes clientelísticas como de poco democrático/liberales mecanismos de presión.

temas (por ejemplo, el quedarse en los programas partidarios, en el estudio de las relaciones solamente horizontales o solamente verticales) es naturalmente lo más valioso en cuanto a una intervención sobre las metodologías en la investigaciones sobre la acción política colectiva, y el mismo autor demuestra ejemplarmente a lo largo del libro una mirada de mayor complejidad al tema de las relaciones entre los diferentes “estratos”, los diferentes actores que participan en estas manifestaciones colectivas de violencia. Pero el presupuesto subyacente basado en prejuicios liberales en cuanto a las prácticas político-partidarias y populares en la Argentina limitan muchas de sus conclusiones “de sentido”⁷ (el mismo autor revaloriza esta instancia de sentido sobre un análisis puramente cuantitativo) a una mera denuncia de las violaciones de una práctica política liberal, supuestamente legítima, que nunca arraigó en la particularidad argentina, aunque si fuertemente en el ideario de los intelectuales progresistas.

Ni en los partidos políticos tradicionales, ni en los militantes de cualquier signo, ni en los defensores de esas mismas prácticas en las universidades, en los medios de comunicación o los partidos políticos “regeneracionistas” de las instituciones se encuentran ejemplos de prácticas políticas que no estén “infectadas” de clientelismo, doble discurso frente al poder y las “bases”, lucha desalmada y cruenta por los recursos (aún las migajas), etc. La hipocresía con que son levantadas las banderas liberales en Argentina deja poco margen a una crítica “neutral”, pues la lucha por el sentido de esa palabra ya ha sido ganada para intereses que poco coinciden con los magnánimos discursos de sus representantes (las prácticas clientelísticas son la normalidad sin comillas en todas las instancias en las cuales hay recursos materiales del estado en juego, sean estas científicas, políticas o deportivas). Liberal es apenas una designación de otro grupo que juega y presiona en Argentina (como lo pueden ser en las universidades, espacio demasiado conocido por mí, los motes de “marxista”, “ultra”, “moderado”, “progresista”, “conservador”, etc. en su lucha por subsidios y becas).

Para no degenerar esta reseña crítica en diatriba caliente antisistémica me detengo en este punto. Un libro excelente al cual solo tengo para hacerle críticas políticas. Desde mi particular visión de las cosas las decisiones políticas que son tomadas pero luego se reenvían como presupuestos no problematizados a los fundamentos de las investigaciones terminan, más temprano que tarde, dando lugar a resultados más parcializados e “ideologizados” de lo que los mismos autores desearían. Como diría Pierre Bourdieu, para los investigadores la parte más difícil es, sin dudas, “pensar contra uno mismo”. Es un honor poder darles una mano.

En cuanto a este libro en particular creo que la confesión de Auyero al final de su introducción nos muestra, más allá de las críticas y diferencias que se encuentran en esta reseña, el valor intelectual y espiritual que hay que tener para encarar este tipo de investigaciones “Este no fue un libro fácil de escribir. No solo debido a la cantidad de trabajo de campo que implicaba y el costo emocional, a veces agotador, provocado

⁷ Cita a principios del capítulo 5 “Los hechos históricos, por supuesto, son conocidos por todos...Pero los hechos no hacen historia; los hechos ni siquiera conforman los acontecimientos. Sin un significado adjunto, y sin la comprensión de las causas y las conexiones, un hecho es una partícula aislada de experiencia, es una luz reflejada sin una fuente, un planeta sin sol, una estrella sin constelación, una constelación más allá de la galaxia, una galaxia fuera del universo. Un hecho no es nada.” Russell Banks, *Affliction*.

por las largas y difíciles conversaciones con los autores y víctimas de la violencia. Fue una tarea espinosa porque constantemente fui ajustando (y todavía sigo haciéndolo) la mirada mientras iba desarrollando la investigación y, todavía más, mientras iba escribiendo. Creo que finalmente comprendí la gran complejidad implicada en el proceso de “construir un objeto sociológico.”(p. 52) Valentía que esta revista defiende en un espacio de saberes cada vez más formateados por la superespecialización y la neutralización cientificista (es decir, política) de las humanidades.